

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

DANIEL DE ÁVILA GALLEGO (2014): *Diálogo del colorado (Salónica, 1601). Interpretación académica de la escarlatina*, Pilar Romeu Ferré (ed., intr. y notas), Barcelona, Tirocinio, 303 pp.

Estamos ante una edición rigurosa, depurada y muy bien comentada del *Diálogo del colorado* de Daniel de Ávila, obra médica sobre la escarlatina de la que no existía hasta ahora ninguna edición accesible para los estudiosos de la Historia de la Medicina, es decir, en caracteres latinos. Este libro nos ofrece un importante análisis histórico sobre el momento de la medicina sefardí y sobre la vida del autor, del que apenas si hay noticias excepto lo que declara al principio de la obra cuando afirma que es judío, filósofo y médico; pero además también nos proporciona esta edición un cuidado análisis filológico del texto y la transliteración de la aljamía hebraica anotada con variantes y abundantes notas explicativas. El libro que comentamos va precedido de una cabal introducción de 68 pp. en la que se exponen con orden impecable los datos históricos, la caracterización del texto, la lengua del mismo y los criterios de edición.

El *Diálogo del colorado* es el primer tratado médico aljamiado que conocemos, en él su autor expone y delibera acerca de la enfermedad llamada escarlatina, esta es la razón por la que este libro se publica con el subtítulo “Interpretación académica de la escarlatina”. La editora muestra un buen conocimiento de la bibliografía médica española escrita en la lengua de los judíos sefardíes como ya hizo patente en el año 2010 con la publicación de su trabajo: “La medicina en judeoespañol en la bibliografía sefardí” que fue el comienzo de su interés por dar noticia y acercar este tratado desconocido por los estudiosos de la literatura médica sefardí en España y América (según afirma en la p. 11).

El *Diálogo del colorado* fue escrito en judeoespañol aljamiado y publicado en Salónica en 1601, en la imprenta de los hermanos Bat-Šeba´; el ejemplar en el que se basa la presente edición está encuadernado a continuación de la obra *Porat Yosef* escrita en hebreo por Yosef Taitašac (2ª edición, Venecia, Daniel Zanetti, 1599) con la que forma un solo volumen. También en la editorial de los hermanos Bat-Šeba´ se imprimió el libro de tema religioso *Fuente clara* escrito en aljamía hebraica y publicado anónimo, cuya edición realizó Pilar Romeu y vio la luz en la editorial Tirocinio en 2007. El hecho de que no se conserve más que un ejemplar del *Diálogo del colorado*, que la editora localizó en la Biblioteca Ets Haim de Ámsterdam (Holanda), nos hace pensar que el libro no debió alcanzar una gran difusión en su época, como indica el

hecho de que apenas haya sido reseñado o catalogado, a pesar de tratarse de una obra científica de contenido divulgativo.

En la “Introducción”, la editora ofrece rigurosamente los criterios de transcripción y disposición del texto, abarcando los aspectos textuales, históricos, léxicos, filológicos y de las fuentes. Tras la descripción del *Diálogo del colorado*, presta especial atención al problema terminológico que plantea el término *mal colorado*, empleado por Daniel de Ávila para nombrar la enfermedad que desde el siglo XVIII conocemos como *escarlatina*. Estamos ante una voz de escaso uso en la literatura médica en lengua española, como atestigua su ausencia en el *Diccionario español de textos médicos antiguos* (1996), en los bancos de datos históricos de la Real Academia Española (*CORDE* y *CDH*) y en el Fichero General de la Lengua española RAE. La editora señala muy acertadamente una única aparición de la voz *mal colorado* en una nota al pie que introduce en la versión española el doctor Bartolomé Piñera y Siles, cuando traduce la obra de W. Cullen al español. Este traductor nos ofrece *mal colorado* junto con la voz *alfombrilla*, más común en los textos médicos y en los repertorios lexicográficos para denominar este mal; Piñera emplea ambas voces ya tradicionales para reformular el neologismo escarlatina, al que se enfrenta en la traducción del texto de Cullen. Sin embargo a pesar de la precaria presencia del término *mal colorado* en los textos médicos, aún pervive en la península como voz de uso vulgar, es decir, no especializado¹, así como también en América, más concretamente en Cuba donde ha convivido con el sinónimo *alfombrilla* que ya emplea en 1606 Ruyzes de Fontecha con la variante *alhombrilla*.

El contenido del libro está estructurado en quince diálogos² cada uno compuesto como entidad independiente, hecho este que facilita la lectura y su comprensión, como el propio autor señala cuando afirma que lo escribió así porque le pareció “estilo más dulce y suave” (p. 56). Sin embargo, todos los diálogos están perfectamente trabados en su conjunto y forman una obra unitaria cuya comprensión viene facilitada por un evidente hilo conductor. El género diálogo es un recurso muy empleado para la divulgación científica de la medicina, especialmente en el Renacimiento. Los competentes intervinientes son, en este caso, Bravo de Piedrahíta que se erige en director de la controversia y Rodrigo de Soria, ambos prestigiosos catedráticos de la Universidad de Salamanca, que junto con Daniel de Ávila establecen el coloquio facilitando la comprensión que llega hasta el lector mediante una forma didáctica de “tratado”. El estudio de la evolución interna de cada uno de los quince coloquios es tarea pendiente para los especialistas en el género, ya que los diálogos propuestos por Daniel de Ávila proporcionan un rico material para desbrozar la evolución argumentativa y sus técnicas, pues facilitan el análisis discursivo con abundancia de marcadores temporales y espaciales, recursos para el desarrollo de argumentaciones, disertaciones, recursos dialécticos, etc.

¹ Véase la lámina 859 del *ALEANR*, 1980, para localizar su pervivencia en la península. En Cuba: E. Pichardo: *Diccionario provincial de voces cubanas*, 1836; J. Sánchez-Boudy: *Diccionario de cubanismos*, 1978; A. Morinigo: *Diccionario de Americanismos*, 1998. Fichero General de la Lengua española, RAE <<http://www.rae.es/recursos/banco-de-datos/fichero-general>> [fecha de consulta: 15-12-2014].

² Parece que los “duendes” de la imprenta han permitido que en la p. 25 al comenzar la descripción del contenido se haya deslizado *Fuente clara* en lugar de *Diálogo del colorado*.

Otro logro muy meritorio de esta edición es la localización de las numerosas fuentes (más de doscientas) que proporciona Daniel de Ávila para probar la solvencia de su erudición y su capacidad para escribir un tratado médico. Este cúmulo de fuentes bibliográficas que el autor ofrece en el capítulo denominado “Catálogo de los autores que en este libro se alegan” muestra como éste había accedido hasta los textos clásicos del humanismo renacentista, revisando asimismo los saberes de la medicina galénica con los que enriqueció su propio acervo adquirido en la Universidad de Salamanca. Pilar Romeu nos ofrece en el citado capítulo un minucioso trabajo de identificación de personajes, obras y autores que recoge en el original unas veces castellanizadas y otras escritas al dictado fonéticamente. Se trata de un rastreo laborioso por las bibliografías y catálogos para desvelarnos las numerosas fuentes ya identificadas en notas al pie, después de haber realizado un vasto ejercicio de especulación acerca de citas y nombres desconcertantes que tal vez Daniel de Ávila citaba de memoria.

El aparato crítico que completa este libro es verdaderamente modélico con un apartado de variantes (pp. 233-244), un rico completo glosario ordenado alfabéticamente (pp. 245-280), índice onomástico (pp. 281-284), índice geográfico (pp. 285) y una completa bibliografía (pp. 287-300). Por último cierra el volumen un índice sumario siempre útil (pp. 301-303). Todo ello viene a completar la valiosa aportación que la editora ofrece a la comunidad científica, pues, qué duda cabe que este libro representa un hito en el conocimiento de la medicina sefardí que facilitará y estimulará de modo evidente el trabajo de investigadores e interesados en la materia.

JOSEFA GÓMEZ DE ENTERRÍA
Universidad de Alcalá

MERCEDES BLANCO (2012): *Góngora heroico. Las Soledades y la tradición épica*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 443 pp.

Merece la pena el largo recorrido por el novedoso ensayo de Mercedes Blanco sobre Góngora, particularmente sobre sus grandes poemas, con numerosos recovecos que nos llevan y nos traen a los entresijos de la poesía de su época y, desde allí, a otros muchos aspectos —en definitiva, históricos— desde los que se aborda la interpretación de aquel rompimiento poético. Quizá merezca más la pena asimilar el entramado de corrientes, nombres, circunstancias, etc. que la tesis misma con la que se abre el ensayo. Limpíamente: Góngora quiso ocupar con sus dos extensos poemas el lugar de prestigio que había pertenecido a la poesía heroica, al poema extenso de carácter épico, en la estela de Torcuato Tasso y Ariosto, sobre todo del primero.

Como el enunciado de tales premisas, evidentemente, choca con la percepción inmediata de un lector ingenuo —o avezado—, la profesora francesa despliega todo un panorama histórico que, al margen de que convenza o no al lector, le suministra infinidad de claves para la ajustada lectura histórica del poeta cordobés. *Las Soledades* se desmenuzan hábilmente, se sitúan en la tradición grecolatina e italiana, se consideran ideológicamente, como voces poéticas elaboradas por una determinada persona en unas circunstancias concretas, y se valora constantemente esa correlación ideológica, sin exagerar casi nunca la valoración.

El libro va lento: no se perdona en ningún momento cualquier camino o circunstancia que merezca la pena recorrer y conectar, de manera que los diversos capítulos se constituyen en amenos y completos análisis de la poesía de Góngora y sus circunstancias. Y el libro se mueve a veces con desparpajo crítico notable, signo de la nobleza de sus ideas, por ejemplo cuando ya desde las primeras páginas se recuperan las ideas de John Beverley, en su momento denostado por las reseñas de Robert Jammes, por ejemplo, y hoy prácticamente arrinconadas. Pero no, no se trata de una contienda crítica, no hay miedo, aunque en las apoyaturas de tan largo camino aparezcan, de vez en cuando, opiniones desacreditadas, y no solo las literarias —ahí está el uso que se hace de los desvíos historiográficos de Feros. Sencillamente Mercedes Blanco se mueve con coherencia y asume para su trayecto todo el material que le parece aprovechable, que es mucho, suele estar actualizado y, en muchos casos, resulta de primera mano, es decir: acude a textos fundacionales. Es de agradecer, asimismo, que el camino metodológico forme parte del ensayo, para asegurar que el lector sigue sus pasos, lo que contrasta con un final algo intempestivo, como si las conclusiones fueran solo las que hubiera extraído el lector de todo el ensayo.

Era un peligro, en efecto, incurrir en el mecanicismo histórico, del que se defiende también —no hubiera hecho falta una vez que hubiese desplegado el formidable aparato de conocimientos que arma su tesis—, ya nada más abrir página, para referirse a “ciertos factores favorables” .

Lo que tiene que exponer la tesis es, por tanto, cómo adscribir al campo heroico versos tan rabiosamente poéticos. “La inadecuación de su extraordinario estilo al ambiente rústico de la obra”. Mercedes Blanco empieza por adscribir a esa teoría “la falta de adscripción genérica inequívoca” que ocupa muchas páginas del libro, tanto en la consideración general como en el análisis de temas, pasajes y tonos. La atracción crítica se va siempre hacia “el fascinante y disuasivo ejemplo de Torcuato Tasso”, que aparece y reaparece en prácticamente todo el libro, desde cuando se analizan las “batallas y canciones en Marruecos” —referencia a la toma de Larache— hasta en los capítulos finales sobre Homero y la Odisea, en los que se recuerda, fundamentalmente, la extensa y desconocida versión de Gonzalo Pérez, que se da por supuesto que Góngora leyó.

Muchas veces en ese camino, casi de modo obligado, la hipótesis general se sostiene con imperdibles, dudosamente: “Y es que en las *Soledades*, como ya en la *Canción de la Toma de Larache*, Góngora se propondría glorificar la prudencia y no la violencia, dorar con el prestigio de lo heroico las artes y actividades de la paz...” (p. 66), juicio hábil que puede servir —y se repite este modo de hacer— para cualquier poesía de cualquier circunstancia. En realidad lo que late detrás de esta actitud crítica es algo esencial en el caso de Góngora: su capacidad de convertir en poético cualquier cosa que pase por sus versos, o dicho de otra manera: su proyección hacia la estética y el verso, no hacia la historia. Valga el ejemplo de la glorificación poética de las aves de corral, como en Pontano y Poliziano, por la “excelencia del verbo”. “Las presuntuosas jerarquías demasiado humanas se esfuman ante una poesía de índole divina” (p. 95). Bien se ve que ese camino conduce al de la modernidad de un Góngora que acepta —sin confesarlo críticamente— la autonomía del objeto verbal, estético; cosa que, por cierto, pocas veces se aporta como argumento crítico, así sea por lo mucho que se ha aducido en otras ocasiones. Al cabo, se equiparan “heroicidad” y “estilo logrado”, ra-

zón de su desprecio hacia la narración (“Una narración sin fábula”) y, quizá, el drama (p. 100).

El ensayo, además de pasearse continuamente fuera del campo puramente filológico, sobre todo hacia las bellas artes, se detiene en unos cuantos temas fundamentales, que pocas veces se habían aducido de modo directo y convincente, el primero el de las “Lecturas homéricas en la edad de Góngora” (cap. VII); el segundo, en capítulos sucesivos, el referido a los descubrimientos (“En busca del quinto continente”), que aboca naturalmente a los más logrados y necesarios de todos, los caps. X, XI y XII, sobre “Geógrafos y poetas”, convincentemente elaborados para entender el “mapamundi verbal” que subyace a la poesía de Góngora. Precioso capítulo de historia cultural, es decir, en el que los corsetes literarios y filológicos saltan hechos pedazos.

El libro está escrito con vigor de estilo; apenas la decena de “tentativas” inglesas (pp. 72, 321, etc.) que se olvidan de los “intentos” y sinónimos, y alguna “contemplación” (p. 263); apenas ese obcecado desecho de todo lo que huele a Quevedo, de quien quizá no conozca su confesión autógrafa sobre las “silvas” en el ejemplar de la *Retórica* de Aristóteles; ni el posicionamiento grotesco que supone las *Necedades de Orlando Enamorado*, o rifirrafes de este tipo, que se mezclan entre 1909 y 1927, con el rosario de poemas épico-religiosos... y la culminación de *La Circe* de Lope, oportunamente citada; por no referir el curioso encuentro de Quevedo con los grandes poemas de Góngora en uno de sus viajes desde Nápoles (1614), con Cervantes de por medio. Pero es que el campo es inmenso y las circunstancias hubieron de ser tan ricas y complejas...

Todo ello merece un comentario final, habida cuenta de que tanto esta investigadora como un brillante plantel de críticos gongorinos de todas las latitudes se han unido para volver a publicar y recoger todo aquello, y la tarea ya está dando sus frutos. Se va a recuperar incluso lo que nadie conocía. ¿Se habrá puesto coto a la desmesura? La restitución de la historia no se hace por el mero hecho de reproducirla, sino por ser capaz de interpretarla y para ello hace falta salirse de ese camino y saltar a la teoría, lo único que nos puede salvar para no incurrir en una tarea inútil, que forzosamente nos llevaría lejos de nuestra capacidad de saber, conocer e interpretar: la historia tiene sus límites, los que nos pone nuestra misma condición de entenderla, no de intentar reproducirla.

Es obvio que el libro de Mercedes Blanco va en esa línea y ha sabido construir una teoría documentada, primero, y razonada, después, desde la que se abren numerosos caminos para que se entienda mejor la poesía de Góngora.

PABLO JAURALDE

Universidad Autónoma de Madrid

SANTIAGO U. SÁNCHEZ JIMÉNEZ (2014): *Entre lo uno y lo indefinido. Aproximación diacrónica a las estructuras de indeterminación del tipo no sé qué en español*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 162 pp.

La historia de las construcciones de indeterminación resulta sumamente curiosa. ¿Quién no ha olvidado alguna vez un término y ha utilizado expresiones como *el como*

se llame o un como se llame? Estas son de las más modernas, con presente de indicativo en el siglo XVII: “la xente del vulgo dize *un como se llama, el como se llama*, quando no se acuerdan del nonbre de la cosa ó persona que quieren nombrar” (Gonzalo Correas: *Arte de la lengua española castellana*, 1625, *Corpus Diacrónico del Español, CORDE*). En la centuria anterior se documenta *quellotro o quillotro*, con origen en *aquello otro*, cuyo empleo explicó con precisión Juan de Valdés: “aquel *quillotro* no servía sino de arrimadero para los que no sabían o no se acordavan del vocablo de la cosa que querrian decir” (*Diálogo de la lengua*, 1535-1536, *CORDE*).

En los textos medievales ya estaba presente *no sé qué*, secuencia que Sánchez Jiménez revisa minuciosamente en esta obra. Si bien el autor, al comienzo del primer capítulo, selecciona una cita de *El asno de oro*, de Apuleyo, en la que se alude a la “pobreza del idioma del hombre”, la creación de estas expresiones también puede ponerse en conexión con el concepto opuesto: la riqueza de recursos de los que dispone el hablante cuando la memoria o el conocimiento fallan, como demuestran los resultados del estudio que ha llevado a cabo este investigador a través de un amplio corpus de textos fechados entre la segunda mitad del siglo XIII y el último cuarto del XX, pertenecientes a varios géneros discursivos.

El lector se halla ante una monografía que proporciona una visión dinámica de la génesis y de la evolución de un grupo restringido de estructuras que expresan indeterminación en español. Se ha tomado como unidad de análisis la construcción gramatical, definida, según la Gramática de Construcciones, como una asociación estable de forma —que engloba fonética, morfología y sintaxis— y significado —entendido este en sentido amplio: semántico, pragmático y discursivo, sin olvidar el conocimiento enciclopédico— con distintos grados de convencionalización y especialización.

La obra consta de tres partes. La primera se dedica a la evolución de *no sé qué* desde la lengua medieval a la clásica; la segunda, a los cambios que se producen desde el español clásico al español actual; y la tercera, a las marcas de imprecisión *qué sé yo* y *yo qué sé*. Tras las conclusiones hallamos una completa bibliografía.

En la primera parte, tomando como base una documentación heterogénea, se hace hincapié en los aspectos fundamentales del estudio sobre la evolución de *no sé qué*: la compleja noción de imprecisión o indeterminación, el estatus de la interrogación impropia o semipregunta (“nada se pregunta, es un acto de naturaleza asertiva enraizado en el ámbito del hablante, que no busca al oyente, como sucede con las preguntas de verdad”, p. 13), la tendencia a la fijación sintagmática, el cambio de modalidad epistémica a deóntica, el proceso gradual de lexicalización y la adquisición de varias funciones sintácticas y discursivas.

A estos puntos, que Sánchez Jiménez aborda con acierto, se añade otro muy poco tratado en el estudio de la sintaxis: el de la prosodia, crucial para analizar los pasos que ha dado la estructura compuesta *no + sé + qué...* hacia la estructura compleja cuasilexicalizada *no sé qué* y después hacia la lexicalizada, camino en el que la ubicación de las pausas y el número de acentos varían considerablemente.

La lexicalización da como resultado, a fines del siglo XV, tanto un nominal —*un no sé que*— como un elemento que se integra en la serie de los indefinidos con las funciones de determinante y de pronombre —*no sé qué*—, si bien “los mecanismos de creación y difusión son bien diferentes” (p. 33). Por su parte, el nuevo indefinido, por las mismas fechas, comienza a funcionar como fórmula de rectificación del discurso.

La segunda parte del libro, de estructura diferente a la primera, especialmente en lo que respecta a la selección textual, ahora más homogénea, presenta un detenido examen de la evolución desde el siglo XVII hasta el último cuarto del siglo XX, concretamente hasta el año 1975, límite del *Corpus de referencia del español actual (CREA)*. El autor se detiene en justificar el corpus elegido: textos en prosa de tres ámbitos discursivos (prosa didáctica —el más extenso—, prensa, y memorias y diarios), dado que el análisis “al menos de un modo consistente y riguroso, solo es posible [...] en el periodo del siglo XX porque, además de ofrecer más testimonios lingüísticos, es la etapa que aporta una documentación más variada. En el caso de la variación del español en América es el único periodo donde hay documentos representativos de las distintas áreas lingüísticas del continente americano” (p. 59).

Si desde la combinación libre de elementos se llegó en la segunda mitad del siglo XV a la lexicalización del segmento *no sé qué* como nominal o como determinante y pronombre, es a partir del XVII cuando en el núcleo verbal (*sé*) se produce una serie de desplazamientos semánticos, la estructura *no + sé + qué* comienza a participar en la organización discursiva y los elementos integrantes de la secuencia manifiestan variaciones formales. Muy interesante resulta la explicación de Sánchez Jiménez sobre el hecho de que “el desconocimiento (*no sé*) se ajusta a las estrategias conversacionales orientadas al oyente (atenuando la negación) o, más bien, se acomoda a las estrategias del propio emisor (reforzando los modos lingüísticos a través de la intensificación)” (p. 63). Se pasa del desconocimiento (‘no saber algo’) a la incapacidad de comprender algo (‘no entender algo’, ‘no poder entender algo’) (p. 64). Respecto a las variaciones formales que se observan en la estructura *no + sé + qué*, destaca la inserción del pronombre personal antes de la negación, *yo no sé qué*, o tras el verbo, *no sé yo qué*, con las consecuencias que implica este cambio de orden.

A continuación, Sánchez Jiménez se concentra en el segmento lexicalizado *no sé qué*, cuyo uso se consolida entre 1600 y 1975 como “pieza léxica para la expresión epistémica de la indeterminación” (p. 74), con un destacado empleo como determinante (65,8%) y una menor presencia en usos sustantivos (25,27%) o pronominales (8,88%). El proceso de lexicalización culmina con la fijación gráfica que ofrece Feijoo en 1734: *los nosequés*.

La tercera parte se ciñe a la marca de imprecisión *qué sé yo* y a otra creada a partir de esta por un proceso de topicalización del pronombre personal (“una forma de potenciar la presencia de los participantes en la comunicación y, en consecuencia, su implicación en el discurso”, p. 138), *yo qué sé*, que, aunque se documenta en un texto de finales del siglo XVII, no se observa con cierta frecuencia hasta el XX.

En las conclusiones se insiste la necesidad de estudios diacrónicos para realizar análisis sincrónicos: “el léxico de un idioma puede hacerse gramática; la gramática puede hacerse pieza léxica; la gramática oracional puede pasar a ser gramática del discurso” (p. 152). Asimismo, para combinar aproximaciones cuantitativas y cualitativas que permitan obtener una visión global del asunto tratado, se considera imprescindible trabajar sobre corpus, que han de tener la amplitud suficiente para poder registrar diferencias geográficas, diafásicas, diastráticas, discursivas o estilísticas. Por último, se señala la trascendencia del hecho de diferenciar lo oral y lo escrito, como ha quedado patente en las historias que Sánchez Jiménez incluye en este libro. Todo ello se ha aplicado a un campo, el de la indeterminación lingüística, en

el que todavía faltan por dilucidar muchos de los procesos de formación de las construcciones integradas en él.

Además del minucioso recorrido por la historia de estas expresiones, modelo para trazar la trayectoria de otras relacionadas como las de *quellotro/quillotro* o la de *el/un como se llame*, son de agradecer las abundantes y pertinentes notas a pie de página con información oportuna para lectores con distintos grados de especialización.

ROSA MARÍA ESPINOSA ELORZA
Universidad de Valladolid